

LOS MUCHACHOS.



NÚM. 234. SEMANARIO CON REGALOS 15 Cént.

EL CASTILLO, S. A.

Mayor, 31. Madrid.

GRAN FABRICA DE JUGUETES



Centenares de modelos en muñecas, animales de piel, soldados de plomo, etc., etc.

Novedades constantemente. Visitad nuestra exposición de muestras.



Tapas para encuadernar **LOS MUCHACHOS**

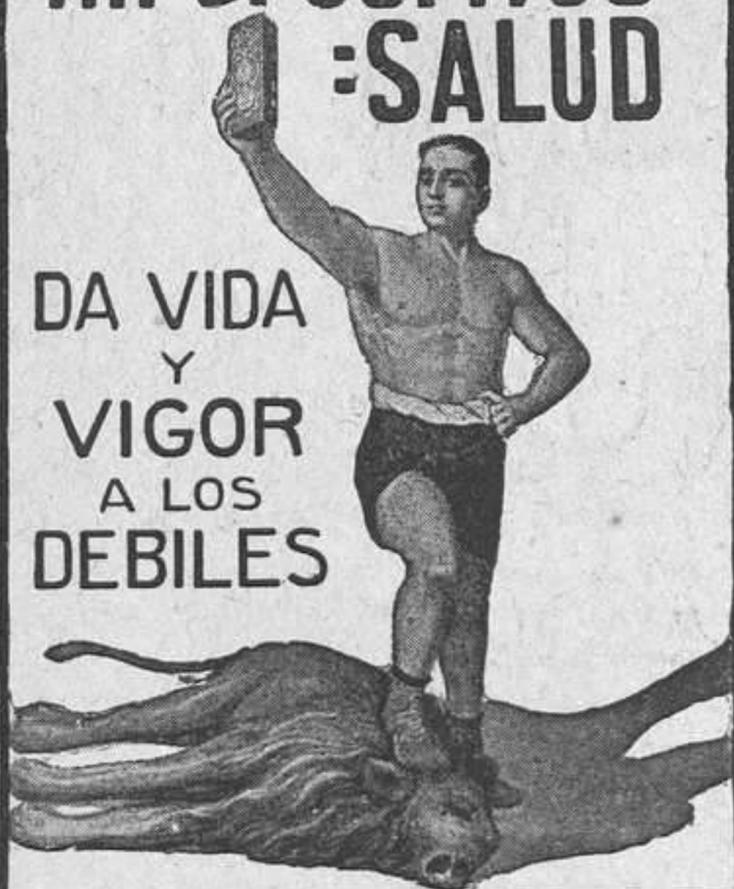
Son de tela roja con letras de oro. Precio:

una peseta las de cada tomo. De venta en la Administración, Martín de los Heros, 65, Madrid.

Nuestros talleres se encargan de la encuadernación de los tomos al precio da una peseta cada uno. Los de provincias pueden mandar su importe, más 0,25 para certificado, en Giro Postal o letra de fácil cobro.

HIPOFOSFITOS: = SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



AVISO: AL COMPRAR EL FRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEE HIPOFOSFITOS SALUD. EN LA ARGENTINA PIDASE HIPOFOSALUD.

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD
CONCERTAL, etc., al contado y
plazos, desde 25 pesetas. Pianos
verdadera ocasión, garantizados
desde 400 pesetas. Alquileres desde
10 pesetas. Afinaciones, compras,
cambio y reparaciones. **AUTO-
PIANOS**

R. ALONSO

22, Valverde, 22.

MADRID

LOS MUCHACHOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

Madrid: Martín de los Heros, 65.—Teléfono J-939.—Apartado 216.

SUSCRIPCIÓN. { ESPAÑA.....Semestre, 3,75 pesetas.
EXTRANJERO. , 6 ,

AÑO V

DOMINGO 3 DE NOVIEMBRE DE 1918

NÚM. 234

“ TOBY ”

HISTORIA DE UN ERIZO



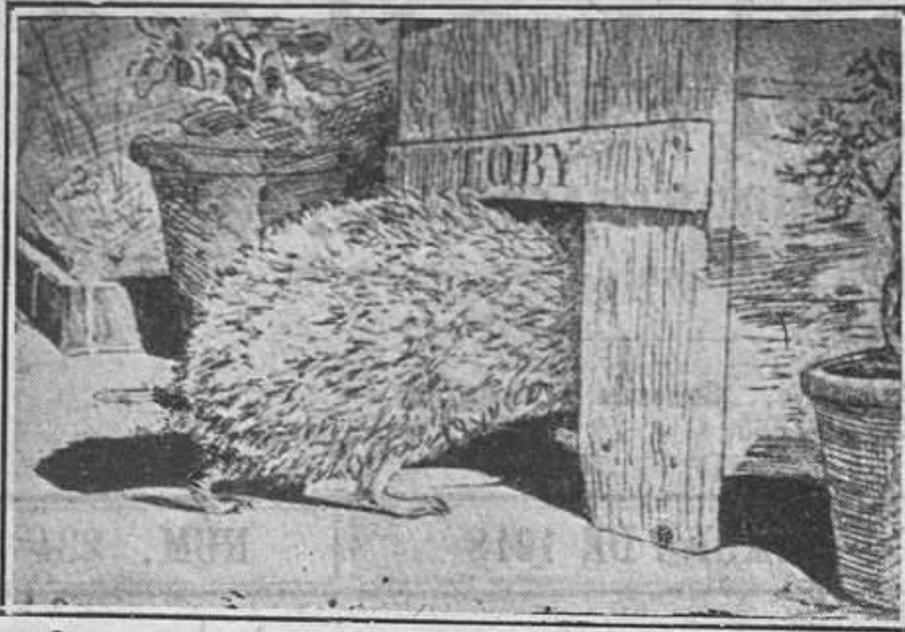
Toby era uno de los tres hijos que tuvo la hembra de un erizo; vivía con la familia en la

oquedad abierta entre las raíces de un sauce viejísimo, a orillas de un poético arroyuelo, y allí pasó las primeras semanas de su existencia, hasta que fué lo bastante grandecito para acompañar a su madre en las cacerías vespertinas, y pudo comer las lombrices y las babosas que tenían la desgracia de atrevesarse en su camino. Cuando entró el otoño y las hojas de los árboles empezaron a dorarse, la familia se disolvió. Toby buscó un escondrijo para sí, en una conejera abandó-

nada, y allí se preparó una cama de hojas secas para pasarse durmiendo el invierno entero; en esta estación no hay insectos, y el erizo, que es todo un filósofo con espinas, prefiere dormir mejor que soportar las punzadas del hambre.

Toby no era ya entonces lo que en los primeros días, un ser diminuto, blanquecino, con unas cuantas cerdas tiesas aquí y allá; tenía ya el tamaño de un conejillo de Indias, y sobre su piel llevaba centenares de púas agudas y rígidas como bayonetas en miniatura. Encogido hasta esconder la cabeza y las patas en el vientre, y el vientre entre los costados, no había quien fuese capaz de tocarle siquiera, sin llevarse buen recuerdo de su punzante armadura. Podía, pues, dormir tranquilo.

Y durmió, en efecto; durmió hasta que vino la primavera, hasta que las golondrinas pasaron a millares sobre el bosque, de regreso de su veraneo, hasta que las florecillas silvestres comenzaron a mirarse en el espejo del arroyuelo. Entonces, sin acordarse probablemente de su madre ni de sus hermanos, fué cuando empezó su vida de erizo libre, independiente; vida de animal trasnochador, y a la par metódico. Pasaba durmiendo las horas del día, mientras el sol sembraba manchas de luz en el césped, penetrando por entre el ramaje de los árboles en rayos que servían de salón de baile a millares de mosquitos, y se despertaba tan pronto como el horizonte se teñía de resplandores rojos, heraldos de las negruras



de la noche, y los mil sonidos que constituyen la singular melopea de los insectos nictófilos se unían en concierto adormecedor al rumor de la brisa de la tarde soplando entre el follaje. Entonces, Toby salía de su habitación, y muy poco a poco, arrastrando el vientre, olfateando acá y allá, se iba en busca de insectos. Cada presa que hacía, cada cantor nocturno que caía entre sus dientes, se señalaba por una breve detención del erizo, un crujido significativo y un rumor especial, algo así como un signo de satisfacción, que sonaba poco más o menos como sueña un beso ruidoso, no, por supuesto, en los oídos de quien lo recibe.

Pero en este mundo todos tienen su destino, hasta los erizos; el destino de Toby era sin duda ser arrancado de aquellos sitios y de aquella vida. Cierta noche, corriendo tras de no sé qué sabandija, entrose en el huertecillo de una casa de labranza, y tampoco sé cómo se distrajo, pero el hecho fué que allí le sorprendieron la luz del alba y las voces de los trabajadores que salían al campo. Atolondrado, escondióse debajo de una carretilla y unas espuelas; allí le encontró, hecho una bola, la gente de la casa.

No muchos días después, Toby, con otros compañeros de su misma especie, era paseado por Madrid en el fondo de una cesta que colgaba del robusto brazo del gañán, al son de la voz del mismo, que a grito pelado pregonaba: "¡El erizo para las correderas!"

Yo no sé, ni he tenido gran interés en saber, cómo estos hombres averiguan dónde vivimos los que más o menos nos interesamos por los productos de mamá Naturaleza. El hecho

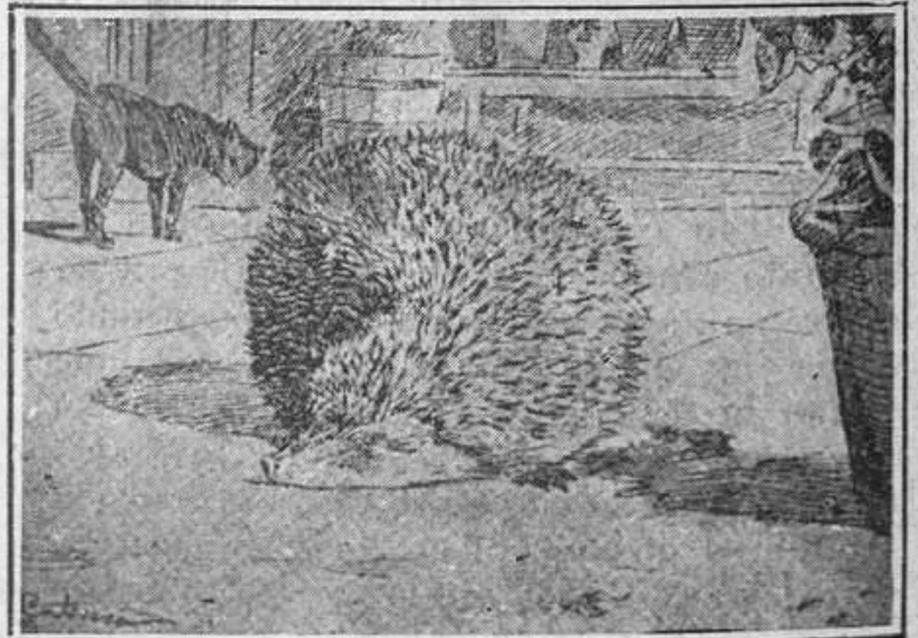
fué que aquel gañán vino a mi casa a ofrecerme a Toby en venta, y que yo se lo compré.

Se le puso en el patio, un patio tan grande y tan hermoso como podría soñarlo el erizo más exigente, con macetas, árboles y arriates llenos de plantas, entre las cuales pululaba toda una colección entomológica viva. Lo que más pareció gustar a Toby fué el hueco que dejaban los tientos vacíos arriados contra la pared; al menos, allí fué donde se refugió para no salir hasta que se hizo de noche.

El segundo día lo pasó durmiendo en un rincón de la despensa, detrás de una caldera, sitio fresco, oscuro y tranquilo a la vez, y no sé dónde habría ido a echar su tercer sueño si no se me hubiera ocurrido proporcionarle una caseta, bien rellena de heno seco y con su rótulo y todo, donde se leía en grandes letras negras: *Toby*, nombre que le puse, como podría haberle puesto cualquier otro, pero que nadie le dió jamás, pues como en mi casa no había más erizo que él, *el erizo* se le llamó siempre.

Toby era un huésped muy tranquilo de día; de noche, en cambio, corría por el patio, lanzando de vez en cuando un alarido especial, algo así como dicen que gritan las almas en pena, una cosa entre grito y gemido. Con el tiempo llegó a familiarizarse tanto, que entraba por las habitaciones, entreteniéndose en dar vueltas arrimado a las paredes, como caballo de picadero.

Las cosas continuaron así hasta que se aproximó el invierno, y con él la época del letargo anual de Toby. Un día salió de su caseta al atardecer y se volvió a ella antes de que la noche cerrase; al día si-



guiente ya no se le vió. La lluvia y la nieve cayeron sobre su albergue; los árboles del patio perdieron sus hojas y las heladas mataron las plantas de los arriates. Toby, entre tanto, vegetaba en el fondo de la caseta, convertido en una pelota espinosa. No se despertó hasta que vino Marzo, y entonces empezó para él una vida nueva.

Por de pronto, se le prohibió entrar en las habitaciones, a título de animal molesto, y Toby, que no podía comprender los motivos de semejante prohibición, se vengó llenando las puertas de arañazos y el patio de húmedos recuerdos que olían, y no como aroma sabeo, sino como algo bastante peor. Luego, a la casa vino un gato; o por mejor decir, no vino, sino que lo trajeron, con lo que el erizo tuvo quien le fastidiase obligándole a enrollarse a cada momento y robándole la carne cruda que por cena se le daba. Finalmente, descubrí que el tal Toby era un almacén de pulgas, o más bien una fábrica,

pues tantas tenía, que aún no he podido explicarme cómo le cabían entre las espinas. Todos estos fueron motivos suficientes para decretar por unanimidad la desaparición del punzante animalejo; y como juzgábamos que en ningún sitio se encontraría mejor que en un jardín espacioso, a los dueños de un jardín lo regalamos. Lo cual debió ser muy del gusto de Toby, porque el jardín en cuestión estaba en uno de los barrios extremos de Madrid, y una noche debió salirse de él e irse por esos mundos, acaso en busca del arroyuelo donde las flores silvestres se miraban al llegar la primavera, y donde durante los crepúsculos estivales se oye al susurro de la brisa acompañar la melopea de los insectos nictófilos.

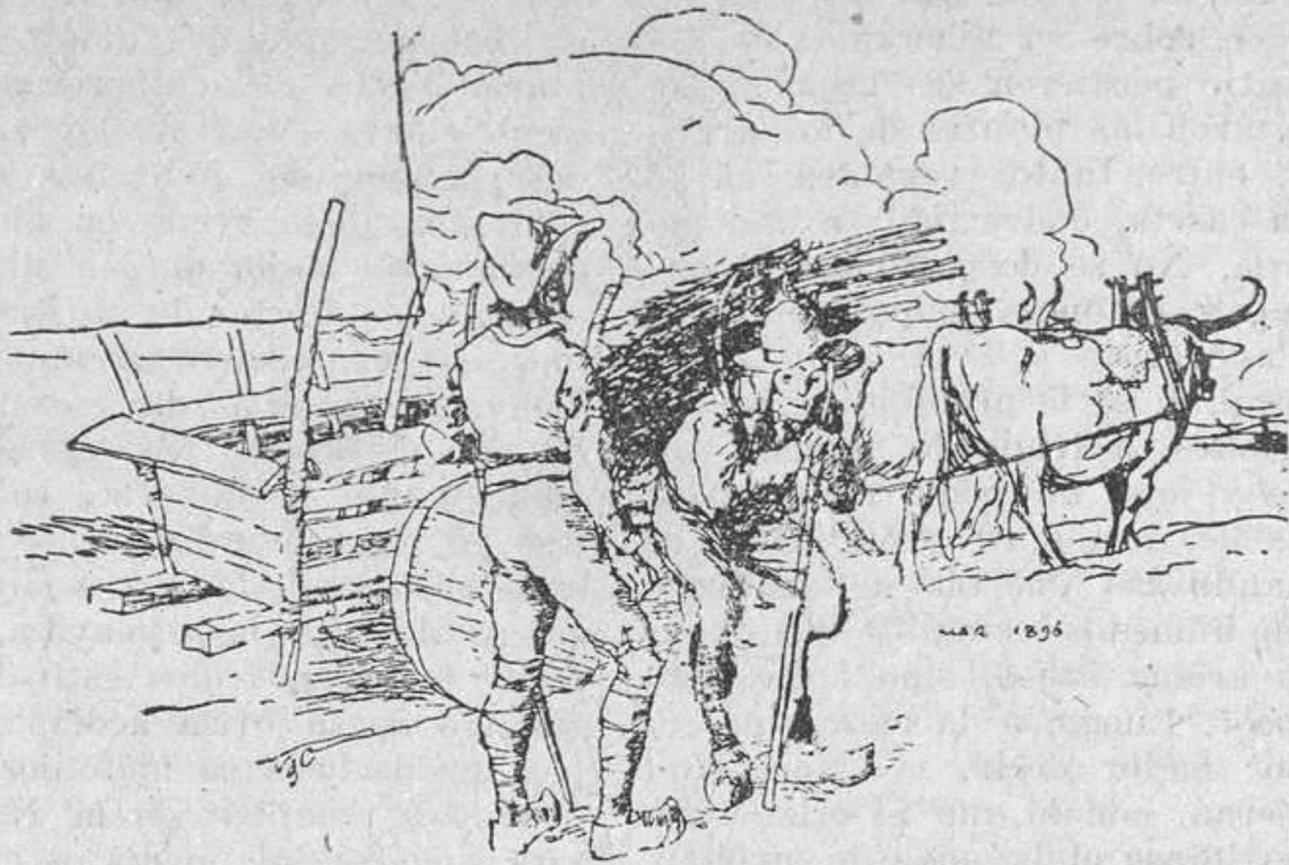
Si sois amantes de la Naturaleza, no será raro que algún día os encontréis con Toby; pero no es fácil que él os cuente su historia. Por eso os la he contado yo.

ANGEL CABRERA LATORRE

LA GUERRA Y LOS NIÑOS



Niños y niñas alsacianos con el traje del país que fueron a recibir a las tropas americanas destinadas a aquella región. En el centro aparece una niña con un traje de fantasía formado con la bandera de los Estados Unidos.



LA ROCA DEL MEDIODÍA

Este era un pobre hombre que vivía en el corazón de un bosque, inmediato a un lugar llamado Gâtines de Treiguy. Todo el mundo le llamaba el padre Rameau, como llaman en Francia a los ancianos, no porque tuviera hijos, ni porque estuviera o hubiese estado casado, ni tampoco porque fuese muy viejo; pues apenas habría cumplido los cincuenta años, sino porque había pasado tan malos tiempos que había encanecido muy pronto y su espalda se había encorvado antes de llegar a la vejez avanzada.

Generalmente se le veía cargado con un gran manojó de escobas que hacía el mismo con gran arte para venderlas en el mercado a las mujeres.

El padre Rameau no era ambicioso, ni mucho menos; si no hubiera tenido parientes que dependiesen de él, se hubiera contentado con un poco de pan negro para cada día de la semana y algún trago de vino ofrecido por cualquier vecino caritativo, pero el padre Rameau tenía una hermana más joven, casada con un podador de viñas, de Perreuse, y él era padrino de una hijita que tenía el matrimonio. Ya iba siendo una mujercita, tan linda como modesta e inteligente, por lo cual la quería todo el mundo. Era la prometida de un joven llamado Jorge, muy trabajador, pero sin un céntimo. La boda iba a celebrarse en cuanto la mucha-

cha cumplierse los veinte años, y ya se habían cambiado entre ellos los anillos, unos anillos de plomo comprados a un vendedor de baratijas de los que iban recorriendo pueblos y aldeas.

Aunque muy humilde para todo lo referente a él, el padre Rameau era muy activo en todo lo referente a su sobrina.

—¿Un anillo de plomo — murmuró— cuando otras que valen menos que ella los tienen de oro! ;Cuánto me agradaría que Magdalena pudiera escoger el que más le gustase en una joyería de la capital! Pero ;ay! ;de qué sirve desear? Aunque me pase años y años ahorrando todos los céntimos que pueda, no conseguiré reunir la cantidad suficiente. Magdalena es pobre, Jorge es pobre y yo soy pobre y siempre lo seré. Pero tenemos el consuelo de ser honrados y no debemos envidiar a nadie.

Así iba pensando el vendedor de escobas cuando encontró a Jorge guiando una carreta de bueyes con las fosas nasales humeantes bajo los primeros rayos del sol.

—Buenos días, muchacho—dijo el padre Rameau.

—Buenos días, padre Rameau.

—¿A trabajar ya tan temprano?

—Sí, padre; voy a los campos del amo por última vez antes de la siembra, que la empezaremos la semana que viene. Andamos algo retrasados.

—Ya lo creo, Octubre está acabando.

—¿A que no sabe usted lo que venía pensando?

—¿En qué pensabas? O mejor dicho ¿en quién pensabas?—repuso algo secamente el padre Rameau.

—Es verdad, tiene usted razón. Magdalena no se aparta de mi mente—dijo Jorge con aire pensativo—. Venía pensando que hay ahí muchas raíces (y señaló con su aguijada un páramo allí próximo). Pero no es mal terreno y cualquiera que tuviese tiempo de despejar, aunque no fuera más que un trozo, podría comprar a su novia...

—¿Un anillo de oro!

—¿Cómo ha averiguado usted mi pensamiento? Porque usted no ha venido de Cheneau que es donde viven todos los brujos—dijo Jorge riéndose.

—En eso no hay nada de brujería. El otro día noté lo disgustado que estabas por no poder regalar a Magdalena más que una sortija de plomo y yo me quedé no menos triste por no podersele comprar mejor... Desde entonces no hago más que pensar el medio de...

—¿Y lo ha encontrado usted?

—Me lo has encontrado tú, muchacho. Yo me encargaré de limpiar un trozo de páramo.

Aun con riesgo de ofender a su futuro tío, el joven labrador no pudo reprimir una sonrisa.

—Esa tarea es demasiado fuerte para los brazos de usted, padre—dijo—. Nadie le gana a usted a hacer escobas, mas para eso no se necesitan las fuerzas que hacen falta para cavar un terreno como ese, arrancar las raíces y retirar las piedras. ¡Si no hubiese dado yo mi palabra a mi amo de permanecer con él hasta que me case!

—Puedes reírte de mí, muchacho, porque no me enfado—dijo el viejo—. Si los viejos no son tan fuertes como los jóvenes, somos en cambio, más perseverantes. Limpiaré un trozo de páramo y con el dinero de la primera cosecha, iré a comprar el anillo. Adios, muchacho.

—Adios, padre. Me figuro que muy pronto le veremos haciendo maravillas.

—Trabajaré por Magdalena—dijo—y tu santo patrón (Jorge significa cultivador del suelo) me ayudará.

A las doce en punto, el padre Rameau se dirigió al páramo con un pesado pico a la espalda, porque se proponía comenzar a trabajar inmediatamente.

¡Chas! sonó el primer golpe de pico acompañado del significativo gruñido con que los cavadores, los leñadores y otros obreros acompañan su trabajo. Pero cuando estaba alzando el brazo para descargar otro golpe, se quedó inmóvil brusca-mente, con los ojos muy abiertos y el terror retratado en el pálido semblante.

Entre las piedras esparcidas, que tem-



blaban como monumentos celtas, se había alzado una aparición que el viejo reconoció por sobrenatural, aunque su forma era humana.

Imaginaos una señorita chiquitita, etérea más que delgada, joven y preciosa, una especie de belleza soñada, vestida con una túnica de plata bordada de flores. Ornaba su cabeza una guirnalda de brezo y en la mano tenía una varita florecida de la planta de hacer escobas. Rodeábanla a modo de corte de honor, una porción de plantas y flores silvestres que se inclinaban con respeto ante su soberana. Un rayo de sol jugueteaba en su cabeza como una aureola. Era el hada del páramo.

—Eres muy atrevido—dijo al viejo campesino.—¿Cómo te atreves a meterte en mis dominios?—y al decir esto sus azules ojos fulguraron y en su voz había un ligero acento de ira.

—Señorita hada—balbució el viejo—tened piedad de un pobre trabajador que no pensaba haceros ningún daño. Vuestros dominios son tan vastos que no creí cometer ningún mal tomándome la libertad de ocupar un rinconcito de este campo.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para cultivarlo—respondió el padre Rameau, comenzando a serenarse y a perder el miedo.

—¿Para cultivarlo!—exclamó el hada—. Lo cual significa cavarlo, revolverlo y trastornarlo todo. ¿No ves qué bonito está así? ¿Vas a tener la presunción de creer que eres capaz de mejorar la obra de la naturaleza?—Su voz se dulcificó un

poco al añadir:—¿Dónde podemos encontrar algo tan bonito como este lugar cuando llega la primavera y cuando bajo un cielo del más puro azul, empiezan a nacer las hojitas en las ramas y los pájaros cantan y charlan como cotorras?

—Un par de perdices llamándose—respondió el viejo—, una codorniz lanzando sus tres sonoros gritos, una alondra cerriéndose en el cielo con su melodía sonidos más agradables a mi modo de ver, pero esas aves hacen sus nidos en los campos de grano y no se encuentran en vuestro reino.

—En verano—prosiguió el hada—cuando los páramos están inundados de sol y el calor arranca un delicioso olor a resina de mis arbustos predilectos, me gusta ver la púrpura del brezo y el oro de la hiniesta y de la retama.

—Prefiero el trébol rojo con las abejas zumbando en torno suyo—repuso el viejo—y el trigo maduro, dorado como vuestro cabello, señora hada.

Aunque era un hada, no le desagradó el piropo y al notarlo el padre Rameau, pensó que tenía medio ganada su causa.

—En otoño—continuó el hada—me llegan hasta aquí, desde los matorrales cercanos, los ladridos de la jauría que está de caza y muchas veces entra en mis dominios para ir de un bosque a otro. El pobre ciervo perseguido, con la lengua fuera salta por encima de este montón de rocas y yo le ayudo a burlar a sus feroces enemigos.

(Concluirá.)

Para entrar en calor :—: decía Don Pastor



Me doy un buen paseo



Y durante el recreo



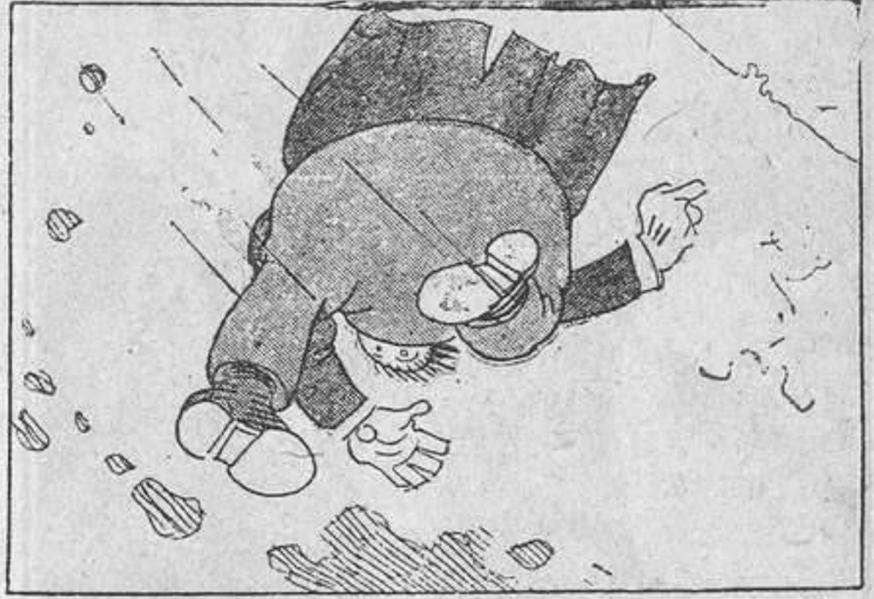
Iré tan ricamente



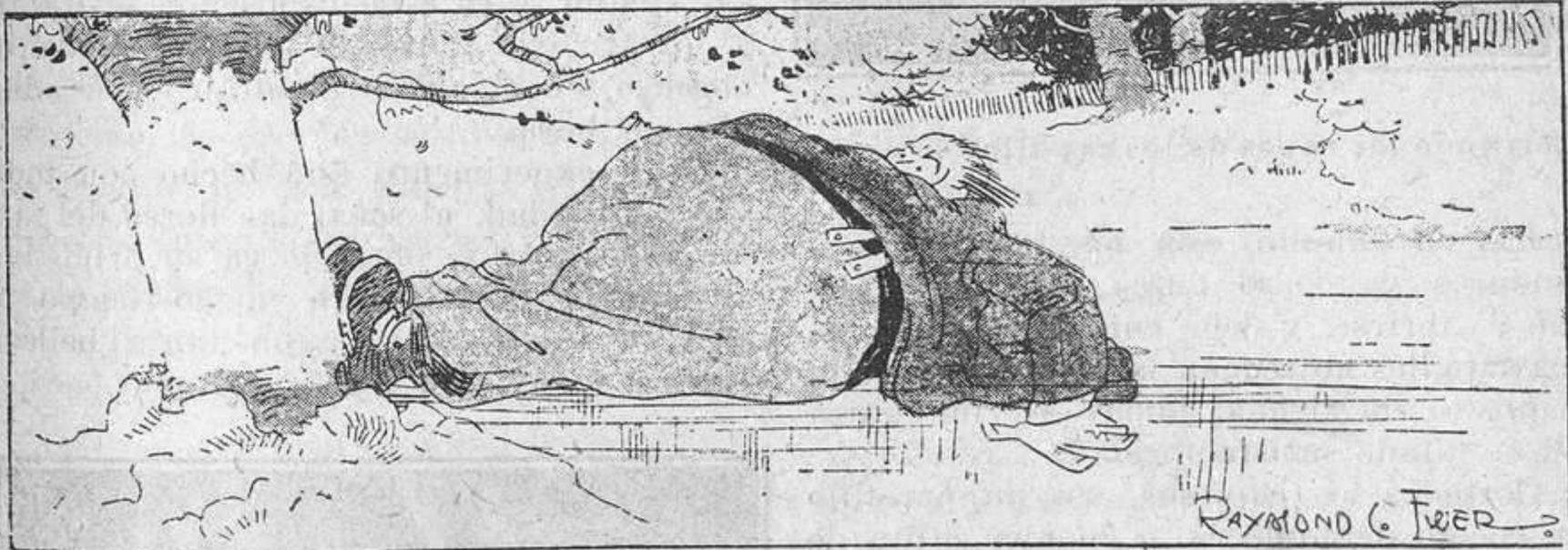
Bebiendo este aguardiente



Así lo hace y pillá



Monumental toquilla



Sin entrar en calor

El señor Don Pastor.

EL NIÑO Y LA SIRENA



ROSAS FRESCAS EN INVIERNO

Ante todo, es preciso un rosal que brote en otoño, porque entonces las flores se desarrollan más despacio que en primavera y se prestan mejor a toda clase de manipulaciones. Las flores hay que co-



Cerrando los rabos de los capullos con cera.

gerlas en capullo, con los pétalos bien maduros ya, pero antes de que empiecen a abrirse, y debe cuidarse de que estos capullos no tengan la menor humedad, requisito sin el cual jamás se conseguirá un resultado satisfactorio.

Cortados los capullos, en un perolillo de cocina de muñecas, o en una cajita de píldoras, de esas de metal, a la que se adapta una mango de alambre, se derrite al calor de una bujía un poco de cera. Tómese cada capullo, y métase el extremo de su rabo en la cera varias veces sucesivas, hasta que se forme un pegote de regulares dimensiones. Después, con mucho cuidado, se ata una cintita estrecha de seda, alrededor de cada capullo, de modo que sujete los pétalos sin apretarlos, y así preparada la joven rosa se envuelve, también sin la menor opresión, en un trozo de papel de seda, formando algo así como un farolillo, cuyos extremos se atan con una hebra de seda.

Hechas estas operaciones sin dañar para nada a los capullos, ya no resta más que guardarlos en una o más cajas de hojalata, de esas que se venden con galletas o con café torrefacto. Las cajas deben estar herméticamente tapadas, lo que se consigue pegando sobre el cierre unas tiras de papel. Luego, se deben guardar en sitio donde no haga frío y la temperatura sea siempre aproximadamente igual. Por supuesto, tampoco deben exponerse al calor.

De este modo pueden tenerse las rosas dos o tres meses, transcurridos los cuales, se abren las cajas y se sacan con gran cuidado los capullos, quitándose los papeles y cortando las cintas que los envuelven. Se llena entonces una vasija de agua caliente, que no esté hirviendo, y en ella se meten los rabos de las flores, después de hacer en cada uno un corte a cosa de un centímetro por encima del extremo que se cerró con cera.

Después de tenerlas en el agua caliente cinco minutos, se pasan las rosas a agua fría en la que se haya disuelto un poco de sal común, y en esta disposición se llevan a un armario abrigado y completamente obscuro, en el que se tendrán encerradas algunas horas.

Si el experimento está hecho con toda escrupulosidad, al sacar las flores del armario estarán recobrando ya su primitiva frescura, y no tardarán mucho tiempo en abrirse, presentándose con tanta belleza cual si estuviesen recién cortadas.

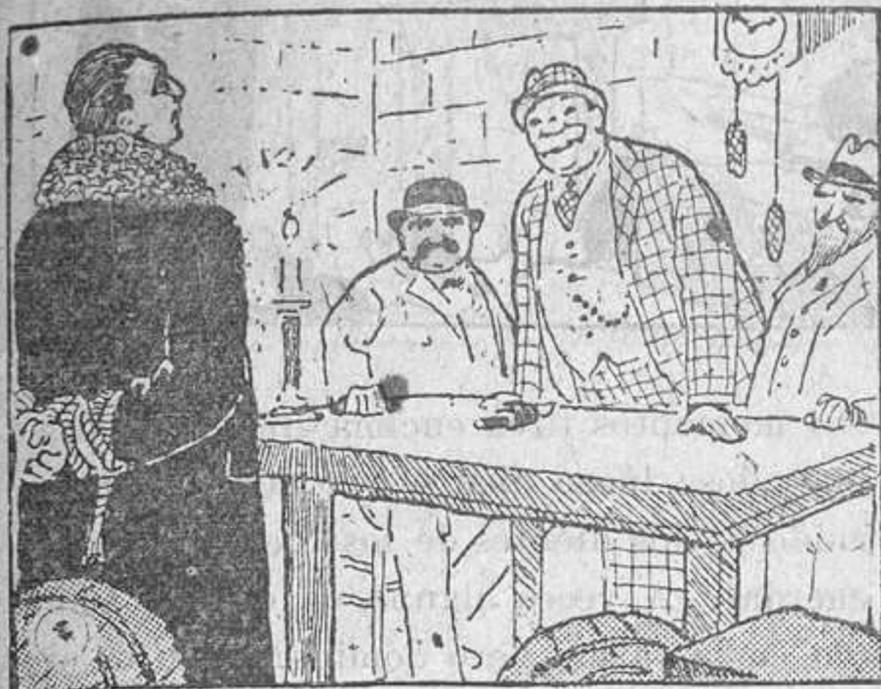


Envolviendo el capullo en papel de seda.

HARRIS STRONG

EL REY DE LOS DETECTIVES

(Conclusión)



...No tenéis idea de las sensaciones que váis a experimentar.

Preparado el aparato, Harris fué atado a un grueso anillo de hierro empotrado en el muro. El detective tenía músculos de acero y los puso en tensión. Bajo el esfuerzo las cuerdas se aflojaron pero no se rompieron. Sin embargo esto dió un poco de juego a sus brazos. Lejos de ocultarlo exageró el resultado diciendo:

—¡Bah! No entienden ustedes de estas cosas. Me iré cuando se me antoje. ¡No saben ustedes hacer nudos.

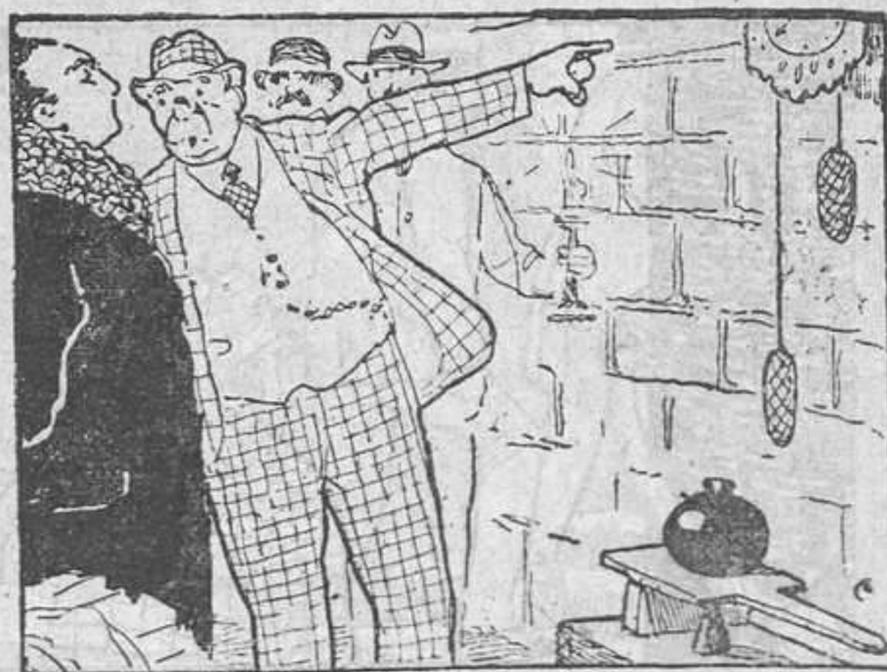
El capitán apretó más los nudos.

—Debía usted engrasarlos y así se apretarían más—añadió Harris fingiendo burlarse.

—Tiene usted razón—repuso el capitán. Y con ayuda del sebo de una bujía engrasó las cuerdas. Esta vez se hundieron en las carnes del detective, el cual lanzó un grito de dolor.

Así dispuestas las cosas los tres hombres salieron de la cueva y desaparecieron cerrando la puerta.

Harris se quedó solo, atado al anillo de hierro. El tiempo pasó. La situación del desgraciado detective era cada vez





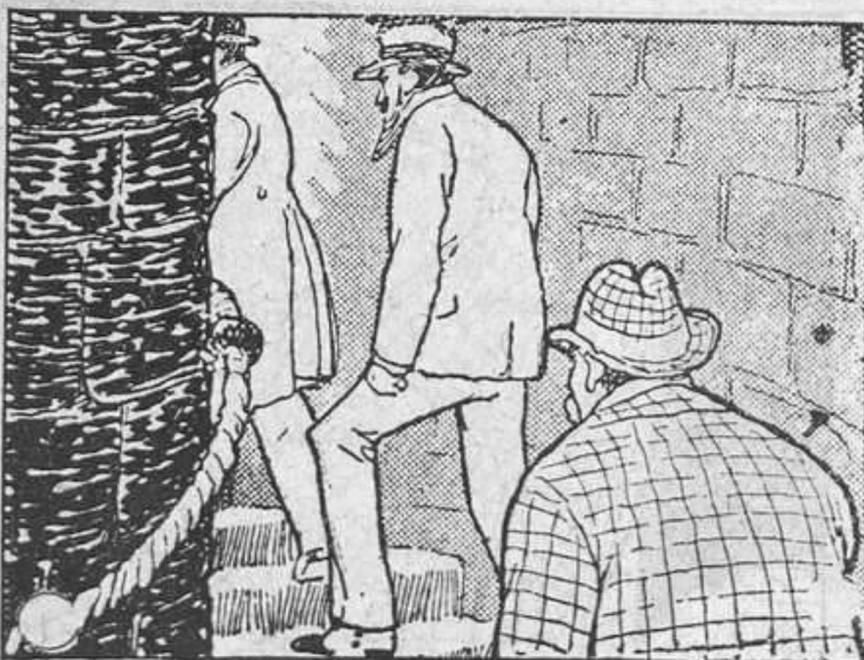
más crítica. Sus miradas iban y venían incesantemente de las agujas del reloj a la pesa que descendía lentamente, pero inexorablemente. En vano trataba de romper sus ligaduras y concluyó por convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos. Estoicamente se dispuso a esperar la muerte.

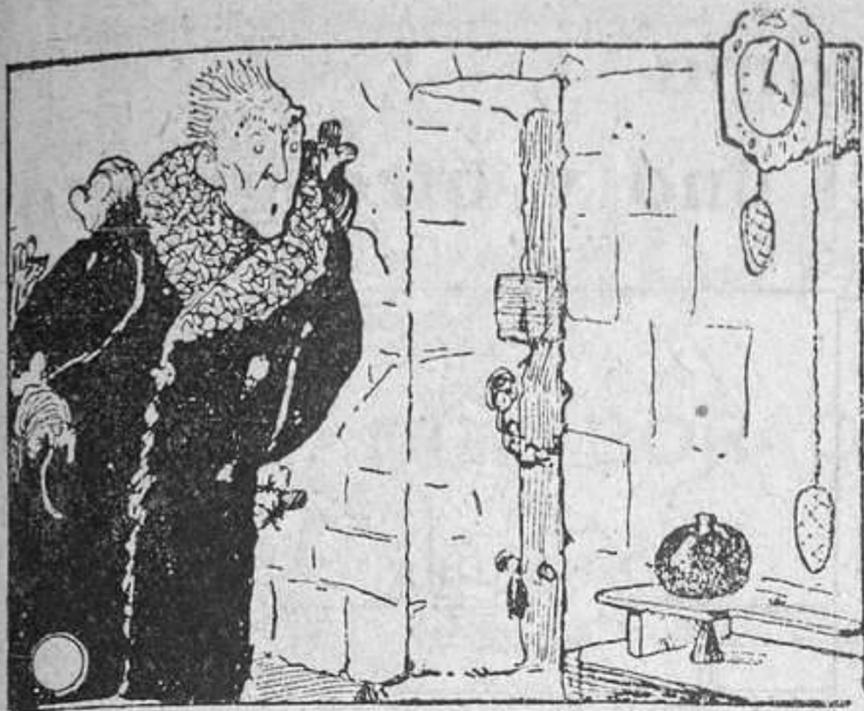
Pero a veces aguzaba el oído y por sus ojos pasaba un reflejo de esperanza. ¿Esperaba un auxilio de fuera?... Al poco rato, en el silencio de la cueva, turbado solamente por el tic tac del reloj, comenzaron a sonar ruidos singulares... Por sus pies pasó una cosa...

Después sintió un cosquilleo a lo largo de sus piernas y entonces se animó su fisonomía. Se realizaba lo que había previsto. Entonces se esforzó por conservar la inmovilidad más completa. A los po-

cos momentos tuvo encima una rata, después dos; luego diez y oyó con alegría el ruido de los dientes de los roedores en las cuerdas. A veces alguno de ellos le mordía en la carne, pero dominando su dolor, reprimía todo movimiento que pudiera ocasionar la fuga de las ratas.

Mientras tanto sus ojos no se apartaban de la pesa fatal. Siempre le parecía que estaba a punto de tocar la palanca. Luego dirigía su mirada al reloj. Faltaba una hora, pero ¿estaría bien calculado el descenso de la pesa? Parecía que cada vez descendía más deprisa. De vez en cuando, sin brusquedad, ponía en tensión los músculos para probar la tensión de las cuerdas... Y la pesa seguía descendiendo. Ya no faltaban más que unos cuantos centímetros... Parecía que galopaban las agujas... Las cuatro y me-





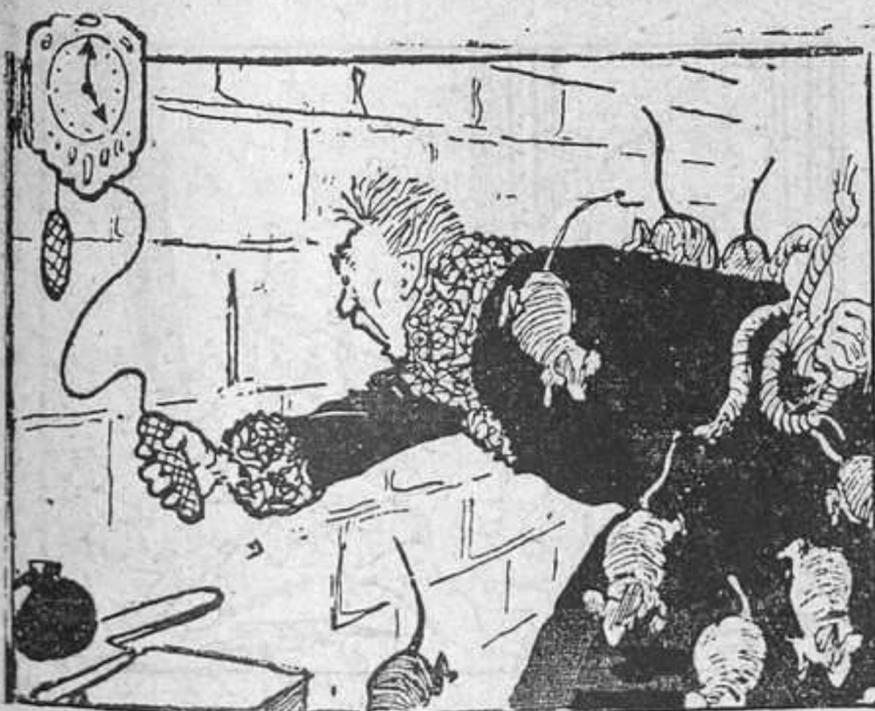
dia... Las cinco menos cuarto... Las cinco menos cinco...

El minuto fatal iba a llegar... Las cuerdas seguían resistiendo. Entonces hizo un postrero y violento esfuerzo sin miedo a agitarse. Se le hincharon las venas, se le crisparon los nervios... De pronto sonó un chasquido... Habían saltado las ligaduras... Las ratas huyeron. Harris se abalanzó de un salto a la pesa y la levantó. En aquel momento daba las cinco el reloj... Pero estaba salvado.

Con gran precaución cogió la bomba y la depositó en el suelo. Después acabó de desembarazarse de las cuerdas y se dirigió a la puerta. Era sólida, pero la cueva

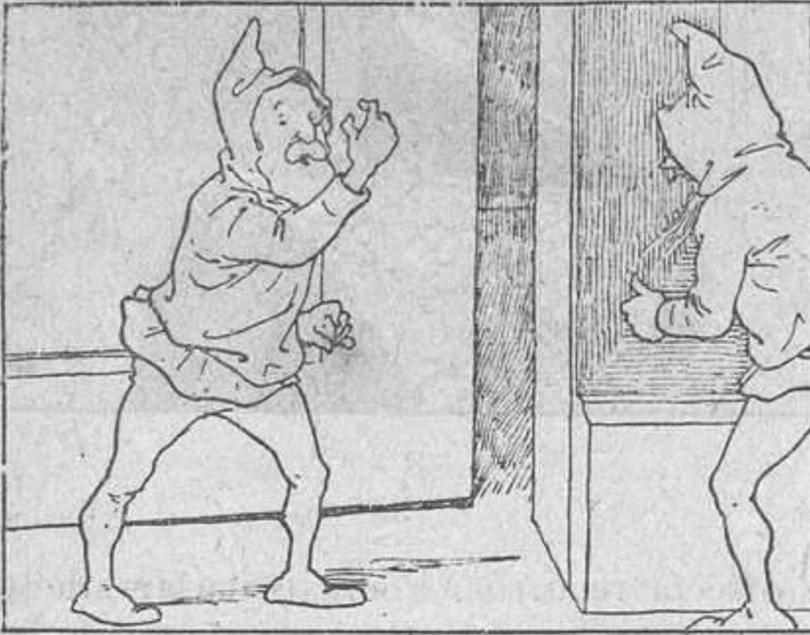
le ofrecía recursos. Podía trabajar sin temor, porque los bandidos, en previsión de la explosión no andarían por los alrededores. Había allí trozos de hierro que podían servirle de palancas y de arietes... En una palabra, fué un juego abrir la puerta, ganó la escalera, el guardarropa, la sala del cine y la puerta de la calle.

Gracias a sus indicaciones, la policía pudo detener a los tres jefes de la temible asociación y por ellos se supo el nombre de la mayoría de sus cómplices. Estas revelaciones causaron gran sensación en Nueva York. Se instruyó un gran proceso y los culpables fueron condenados a muerte.

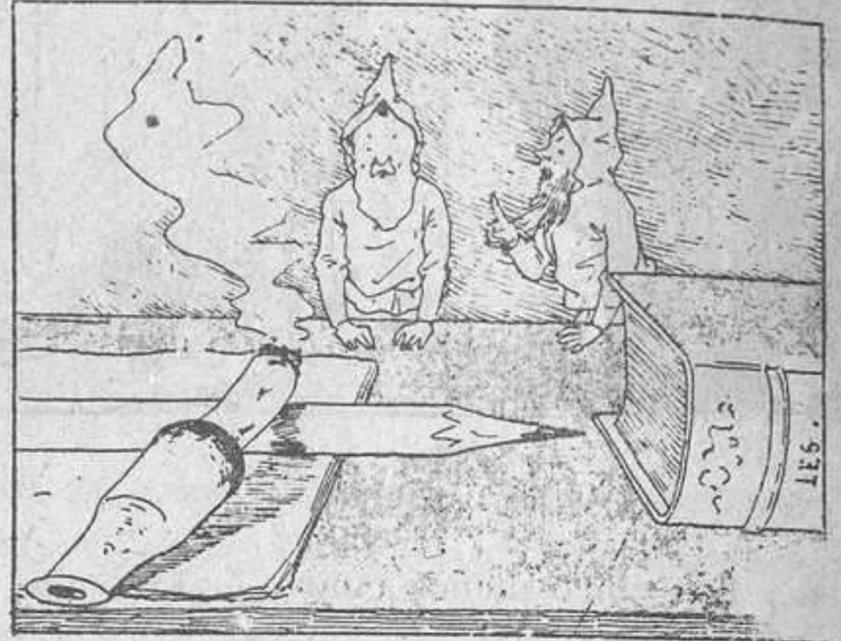


Granujas de tomo y lomo

Son el uno y otro gnomo



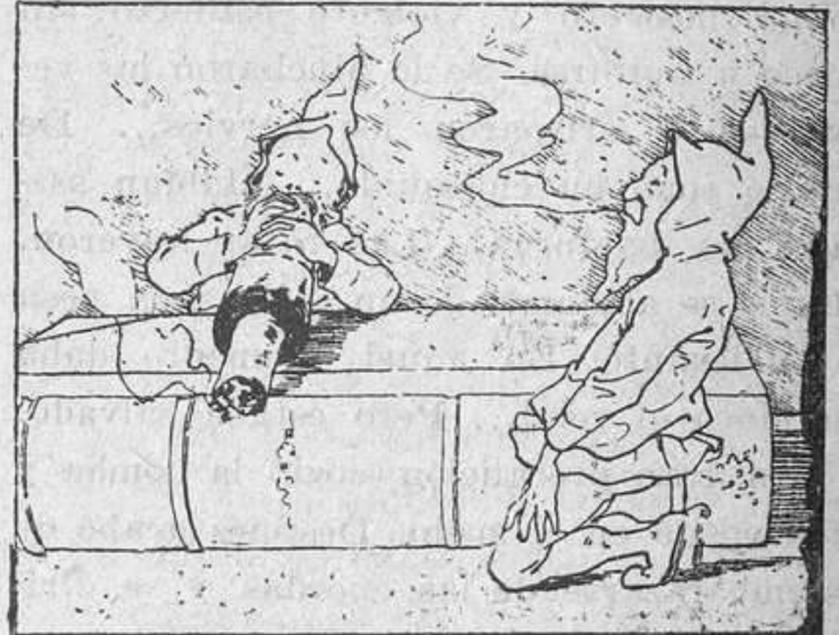
Eran muy chiquitines y revoltosos
Dos gnomos tan barbados como curiosos.



Un día descubrieron ardiendo un cigarrillo



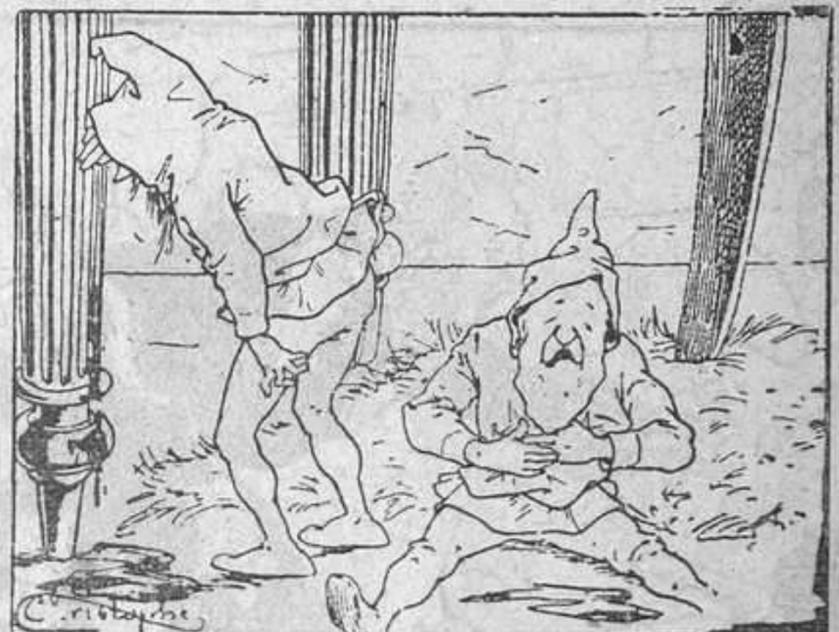
Y a fumarlo empezó Meñique que era un
[pillo



Garbancín le imitó y así se emborracharon



Bailaron al principio y al final... la pagaron.





COLABORACIÓN INFANTIL

EL BUEN PROPIETARIO

(CUENTO)

Dedicado a mi amiga María del Carmen García.

Un propietario tenía por inquilino en una de sus buhardillas un honrado trabajador llamado Antonio, que vivía con su mujer, una niña y dos niños, todos pequeños.

Por falta de trabajo, Antonio no le había pagado al propietario, y éste en vista de la tardanza de su inquilino fué a verlo a su casa.

—Usted no puede continuar aquí—dijo al ver al pobre Antonio enfermo y careciendo su familia de lo más indispensable.

El pobre hombre palideció al oír estas palabras, pues comprendía que el casero le echaba de la casa.

—Usted no puede seguir aquí—continuó diciendo el buen propietario—, porque esta buhardilla es muy malsana: de manera es que bajará usted dos pisos más, y así tendrá más habitaciones: me dará usted el mismo precio y me pagará cuando pueda.

Toda la familia, agradecida, besaba las manos de aquel buen hombre, y pocos días después el padre se puso bueno y pudo trabajar y pagar poco a poco al casero, mas éste no le aceptó nada.

GERTRUDIS LETANG

(12 años.)



CUENTO

En una aldea de Asturias, cuyo nombre no recuerdo, ocurrió lo que os voy a recitar:

Una noche de invierno estaban sentados al calor del hogar una vieja familia,

que se componía de un matrimonio y tres hijos; llaman a la puerta y va a abrir Pedro, que es el más pequeño de los hermanos, y se encuentra con que es un anciano mendigo que, casi muerto de frío, pide posada; el niño se lo dice a la madre y ésta manda que entre el anciano, el cual se sienta junto al fuego. Le ofrecen una frugal cena, que el anciano come con gran apetito, y después de cenar se marcha.

.....
Ya han pasado cinco años. Pedro es uno de los más distinguidos propietarios de la aldea, y en una noche parecida a la antigua se acuerda de la historia del anciano y la recita a sus pequeñuelos.

AFRODISIO MARTÍNEZ MENÉNDEZ

(15 años.)

Gijón.



LOS MALOS AMIGOS

En las cercanías de Madrid, en uno de esos pueblos solariegos y tristes habitaba una familia rica, compuesta de padre, una niña de diez años, hermosa como un sol, y un niño de nueve.

Este, llamado Arturo, era la esperanza de casa, pues creían tener un hijo de carrera.

Pero vamos a nuestro cuento. Pasaron años; Arturo ya empezaba a ser hombre, y su padre, como poseía bastantes tierras que le tocó ganar con bastantes gotas de sudor, no quiso que su hijo siguiese el mismo oficio que él, y mandóle a la capital a estudiar la carrera de Medicina.

Arturo, al estar unos cuantos días en la capital, hizo amistad con malos amigos, que al verle con bastante dinero le incitaban a jugar sin descanso. Llegaron las vísperas de los exámenes. Arturo pi-

dió dinero a su padre para matrículas y demás documentos que necesitaba.

Cuando le hubo mandado su padre la cantidad pedida, lo hizo partícipe a sus amigos, que pronto le llevaron a una taberna y embriagándole indujéronle a que jugara, con lo que consiguieron ganarle el dinero mandado hacía poco.

Cuando ya casi le habían desvalijado penetró en la taberna un pelotón de guardias, y deteniendo a los jugadores llevóles a la Delegación. El buen joven no pudo atestiguar su identidad por medio de los documentos; mandó llamar a los catedráticos, que viendo el estado del joven mandaron aviso a su padre, el cual fué en seguida a la capital.

Habiéndose enterado de lo que hacía su hijo y viendo que la falta era grave, por castigo hizo que lo internaran en la Casa de Corrección.

Y a este sitio fué donde le llevaron los malos vicios.

VICENTE BALLESTER Y.
(15 años.)



AMEMOS LAS AVECILLAS

Dedicado a mi hermano Luis.

Blas, el hijo del herrero, era amigo inseparable de Juan, iba a ir de paseo con éste, tenía una "perra grande" para golosinas; de aquí que el buen Pepín estuviese como loco de alegría.

¿Cabe mayor felicidad en la tierra? Reunidos los dos amigos dirigieron sus pasos al vecino bosque, lugar hermoso que, además de los paseos, tenía intrincados laberintos donde la Naturaleza se mostraba con toda su brillantez.

Pero no era esa brillantez lo que alegró a los dos amigos sino los nidos deruiseñor y otras aves que abundaban por aquellos lugares. ¿Nidos?... ¡Otra forma de la dicha!

En un cuadro colocado en la entrada de clase se prohibía atentar contra los pajarillos, tan útiles y beneficiosos para el campo, pero cada vez era mayor y más irresistible el deseo de alcanzar nidos a los muchachos.

Por aquí no vendrá nadie, decía Juan a su compañero.

—¡Ca, hombre! El único que puede haber es el guarda, y hoy domingo no está por este apartado lugar. ¡Pues a subir!

Fácil era subir trepando al árbol ele-

gido, pero también sería fácil que en su ascensión se cayera y se arañase, su compañero también trepó con ardoroso empeño.

¡Ah, canallas! Ahora si que no os escapáis, gritó una voz varonil muy cerca de los muchachos. Era el guarda del bosque. Oír aquella voz y dejarse caer, fué obra de un instante. Los niños consiguieron escapar entre el frondoso ramaje del bosque, pero el guarda fué a hablar con sus papás, que les riñeron severamente. Los niños prometieron a sus papás corregirse del feo vicio, y hoy son modelo de cariño y compasión para los pájaros.

MAXIMA

Repetad las avecillas
Y nada os sucederá,
Pues destruyendo sus nidos
Os pasará lo que a Juan.

EMILIO BALLESTER SEGURA
(12 años.)



LALO EL PIRATA

(CUENTO)

Hallá en tiempos de antaño, vivía una familia muy distinguida en los alrededores de Gijón. Se componía la familia de un matrimonio y dos hijos, éstos herederos de la fortuna de sus padres, que poseían 30.000 duros. A la vuelta de cinco años más tarde mueren sus padres: América, que así se llamaba la niña, lloraba, a la cabecera de la cama, por la muerte de sus queridos padres. Mientras su hermano Lalo, que así le llamaban sus amigos, estaba en una casa de juego perdiendo todo su dinero, correspondiente de la herencia de sus padres.

Al mes de la muerte de sus padres, a Lalo no le quedaba nada de su capital.

Un día de invierno cae enferma su hermana, que muere a los pocos días de enfermar por el poco cuidado que tiene de ella su hermano, y le deja al morir quince mil pesetas, que las invierte en el juego. Arruinado completamente, decide embarcarse en un barco de piratas, donde le cogen en Fócida (Grecia) después de hacer grandes crímenes, donde muere fusilado cuando contaba con los treinta y un años de edad.

LAUREANO SUÁREZ
(12 años.)

Gijón.



Entretencimientos.

COMPRIMIDOS

(POR RICARDO GARCÍA VILLALBA)

*Dedicados a mi buena amiga
Conchita Sánchez.*

DENTE

C

LIENTE

SA



COMPRIMIDOS

(POR ANTONIO MORENO)

BREÑA

TI PO EM

ZO

BRA



CHARADAS

(POR GONZALO ROMERO)

Es un verbo mi *primera*
que la alegría demuestra,
y con mi *segunda* que es
letra del abecedario
forman mi *TODO*, que sirve
para contener el agua.

COMPRIMIDOS

(POR CARLOS ESTEBAN)

T

PLANTA

CAPITAL

R

A A

NEGACIÓN

CIUDAD

LETRAS



CHARADA

(POR RICARDO GARCÍA VILLALBA)

*Primera tercera sport es
mi segunda consonante
y el TODO parte del cuerpo es.*



CHARADA

(POR EZEQUIEL JAQUETE)

Nombre el *TODO* de varón
Dos, prima, tres, un tesoro
Segunda, letra y dos veces
primera lo que está soso.



CHARADAS

(POR FRANCISCO DANS)

Prima cuarta un animal
Que es bastante cazador
Y como el tigre, traidor.
Dos terciá es tiempo verbal.

También la *tercia* es verbal,
Y una vocal *tercera*,
Es un tronco *dos primera*,
Y es un ave mi TOTAL

La *segunda* es musical,
Un diptongo la *primera*,
Un varón *cuatro tercera*,
Y una mujer la TOTAL.

Animal *prima tercera*,
Dos tres también animal,
Una mujer *dos primera*,
Y otra mujer el TOTAL.



COMPRIMIDOS

(POR GONZALO ROMERO)

K na Guadiana

CHO P



SOLUCIONES DE LOS PASATIEMPOS PUBLICADOS EN EL NUM. 232.

De los comprimidos: TORO.—VEGETAL.
¡ARRIBA LA PAZ!—¡ABAJO LA GUERRA!—
ROMANONES.—TEMERARIO.—SOLAR.—
EMIR.—LULIO.—REGATAS.—PELCTÓN.—
PERAL.—GRAMÓFONO.—ESTACIÓN.—ROSA.
CASTAÑO.—SEÑOR.—MONTERO.—ENTRE-
MÉS.—ENTRENCO.—NCTARIOS.—NOTABLE.—
CRUSTÁCEO.

Del intrínquis: En la línea vertical:
FEDERICO; en las horizontales: FAISÁN.—
AVESTRUZ.—PERDIZ.—CUERVO.—BUITRE.
MILANO.—CONDOR.—CANARIO.

De las charadas: CABO DE SAN VICEN-
TE.—AMALARICO.—ROMANONES.

Han enviado soluciones de los pasatiem-
pos publicados en el núm. 232.

Ezequiel Jaquete y Rama, Madrid; Al-
fonso Montoya, Ciudad Real; José Fran-
cés, Ciudad Real; Antonio Francés, Ciu-
dad Real; Francisco Soriano Tapia, Tu-
dela; Ernesto Garrote, Valladolid; Ma-
nuel Piqueras, Ciudad Real; María Jo-

sefa y María de los Ángeles Soriano y
Buch, Madrid; Antonia, María, Paca y
Glorita Rodríguez, Cáceres; César Rodrí-
guez, Valladolid; Enriqueta Martínez,
Madrid; Carmen Candel, Aceca; Paquito
y Amelia Jiménez, Aceca; Carlos y Anto-
nio Rodríguez Valdés, Madrid; Jacinto
Bascaran, Eibar.

Han enviado soluciones de los pasatiem-
pos publicados del núm. 231.

Rafaelita Paret, Madrid; María, Paca
y Glorita Rodríguez, Cáceres.



Liga Postal

LISTA 147

Domingo Borrero de la Feria. Desea co-
rrespondencia con jóvenes aficionados al
sport. Tetuán, 13, Huelva.

Antonio García Pastor; ex Presidente
de la "Sociedad Artístico Literaria Es-
paña", ex representante de la "Sociedad
Literatura de Gijón", representante para
Castilla la Nueva de la "Sociedad Canta-
bria". Admite socios para esta entidad.
Colaborador de "La Opinión" (Cáceres)
y redactor de "Tribuna Escolar" (Barce-
lona). Se ofrece como redactor correspon-
sable de periódicos y como representante
en Madrid. Corrige y da juicios acerca de
Trabajos Originales. Escribid en tarjetas
de correos a Vergara, 12, bajo, Madrid.
Respuesta segura.

Manuel García Pastor. Desea cambiar
caricaturas con aficionados al dibujo cari-
caturesco. Escribid: Manuel García Pas-
tor, Vergara, 12, bajo, Madrid, con pos-
tales de correos.

Antonia Rodríguez y Domínguez. Ban-
co de España, Cáceres. Desea entablar
correspondencia con jóvenes de ambos
sexos y de edad de catorce a diez y ocho
años. Cambia especialmente sellos y es-
tampas y postales de vistas de todas las
capitales de España. Recibo la correspon-
dencia sólo los domingos, contestación
segura los jueves de cada semana, a todo
el que solicite mi amistad, con las condi-
ciones que expongo. No se moleste en
escribir el que no colecciona sellos.

Teófilo Ortega, Berruguete, 10, Palen-
cia. Argentino Bleye, José Canalejas, 39,
Palencia.

El Modus Vivendi

TETUÁN, 23, entresuelo.—MADRID



Primera casa en España en confecciones
— para niños de dos a catorce años —

Sección especial para jóvenes.

Últimos modelos de París y Londres.

CORTADORES EXTRANJEROS

Uniformes para colegio.

Especialidad en la medida.

Precio fijo. Teléfono 4.980.

GRAN ÉXITO

MUÑECOS RECORTABLES EN PAPEL

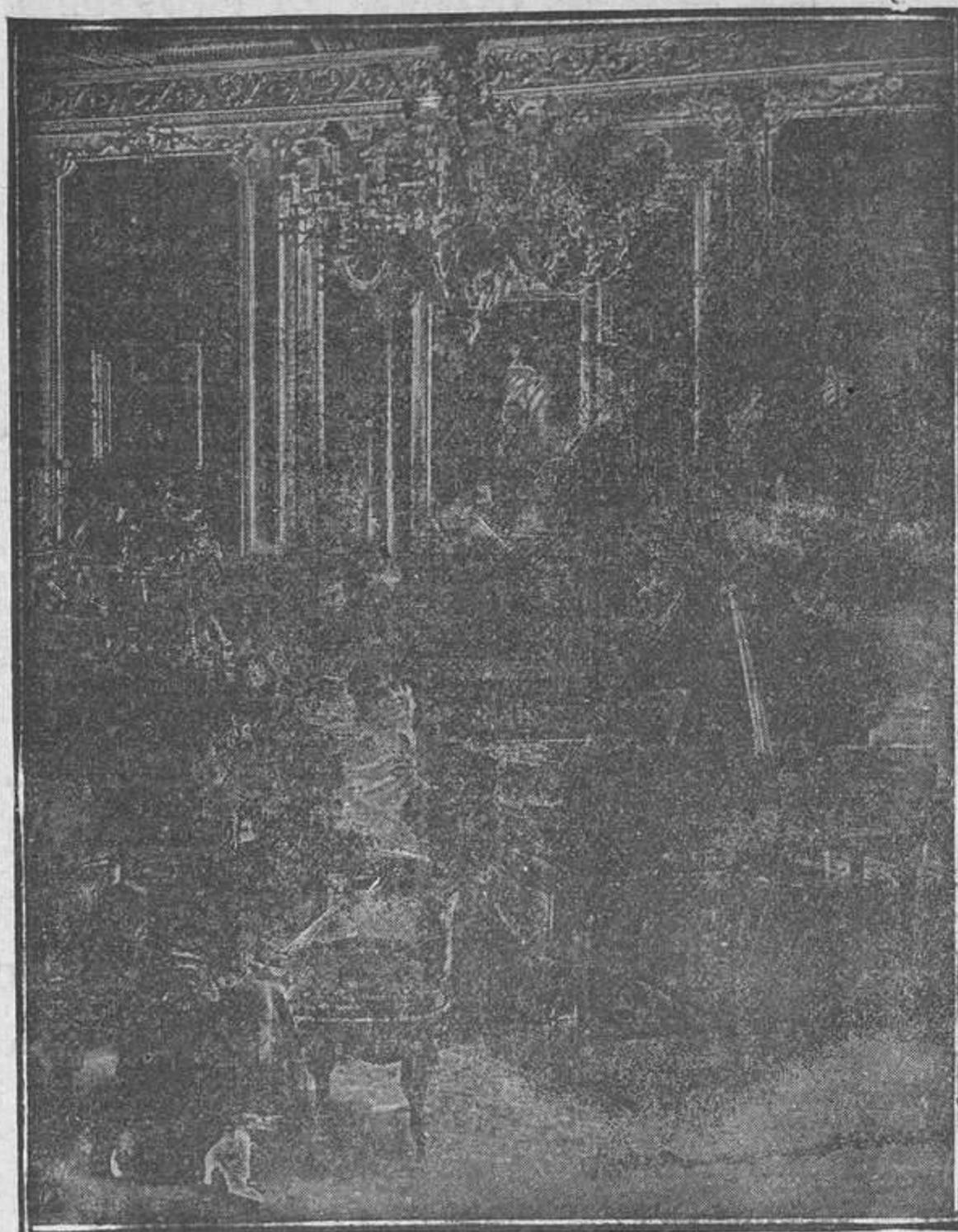
Mariquita y Mariquitina, Lola y Lolito, Leoncito y sus muñecos, Juanito y Juanitín, Marianito, Nicolasito, Eduardito, Federiquito, Guillermito, Napoleoncito, Jorgito, etc.

Remitiendo el cupón adjunto á las oficinas de **PIC-TORIAL REVIEW**, Alcalá, 48, Madrid y giro postal de una peseta se remite la colección certificada.

Cupón "Los Muchachos"
Al hacer el pedido debe acor-
pañarse este cupón



EL PIANO MANUALO



El piano MANUALO proporciona el bienestar y felicidad completa en el hogar donde entra ¿Quién no olvida sus preocupaciones y contiene sus ímpetus, escuchando música interpretada con toda justeza y exactitud?... y esto sólo se consigue con el
: : : : : Piano MANUALO : : : : :

Venta exclusiva en España:

CASA CAMPOS

Calle de Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID